Escritor y diputado **por Milton Schinca**

PREDICADOR DE LA YERBA URUGUAYA

La historia es linda, muy peleada, y viene de lejos; como que abarca sin exagerar la vida entera de Julio Da Rosa, el tan estimado narrador nuestro, hoy además diputado (de la 99). Y aunque él la relató alguna vez con pormenor, lo mismo merece recontarse hoy, justamente este viernes, ya que el martes próximo ella alcanzará una imprevista amplificación nacional a través del Parlamento. Imprevista, pensando en sus módicos comienzos, hace tres decenios largos. Un día, en una escuelita perdida de Treinta y Tres, la maestra indaga a su clase sobre los recursos naturales del Departamento. Un alumno contesta carne, y acierta; otro agrega lana. Hasta que por ahí se levanta un tercero, grandote para sus ocho años, que tratando de afirmar la voz, de entonarse hasta donde puede porque adivina la que se le viene, establece en medio de la expectativa: "yerbamate". Para qué. Las risas no tardan en cuzquearle a su alrededor, ni demora el rezongo de la maestra "por aquel disparate". ¡Yerba mate en Treinta y Tres! Sin embargo, el mal trago no era novedad para el Da Rosa niño. Lo había sufrido poco antes con sus mismos hermanos, la tarde en que volvió a la casa con la noticia que le saltaba de entusiasmo en el cuerpo: en un monte no lejano, un amigo acababa de mostrarle auténticos árboles de yerba, cuatro o cinco, "inmensos, de hojas fragantes, parecidas a las del canelón", describirá después Da Rosa. Pero ni sus hermanos ni su madre le creyeron; y encima lo farrearon de lo lindo. Y eso que el monte donde los descubriera, puebla las costas de un arroyo llamado justamente Yerbalito; y que parejo al Yerbalito corre otro que, insistiendo, se llama Yerbal Chico; y que todavía, para borrar toda incredulidad, los dos se juntan más abajo en otro arroyo conocido por Yerbal Grande. Pero inútil: por más que la toponomia del lugar porfíe, nadie cree en Treinta y Tres en sus yerbales.

Tampoco creía el profesor de Geografía del Liceo Departamental, años después, la tarde en que describía para su clase esa misma región de los tres arroyos casi homónimos. ¿Por qué se llamarían así? Un alumno grandote, que al hablar se pone colorado hasta la punta de las orejas (de coraje o de rabia anticipada, seguro) expone la explicación cuyo recibimiento ya descuenta: es —dice— porque en la zona abundan los árboles de yerba, ¡por miles!; y a once leguas tan sólo de la Capital. De nuevo las pullas, el rezongo. Pero al Da Rosa muchacho, menos que menos pueden arredrarlo, porque desde hace años viene masticando su empecinamiento, y ya para entonces está determinado a pelear por su verdad. ¡Y cómo no pelearla, si él mismo, él, ha andado hasta cansarse por aquellos yerbales que los demás le niegan, y hasta ha cebado y gustado su yerba! La primera vez, de niño: él mismo apisonó las hojas con el mortero de la mazamorra y el gofio hurtado de la cocina materna. Y luego ¡cuántas veces probó en la zona aquella, dulces y amargos de yerba nativa, desde los nueve años en que los inauguró en casa del vecino don Pedro Méndez! Y así, recorriendo, preguntando, aprendió cómo preparan allí la yerba, con ingeniosas manipulaciones caseras; se enteró de un vecino que fabrica 200 quilos por año desde 1904; recogió la expresiva alabanza de otro, para quien la yerba lugareña es tan buena, que en mate dulce "las mujeres no se desprenden de la bombilla"...

EL MATE EN LA CAMARA

Da Rosa no se cansó con los años de juntar testimonios de éstos, relatos, comprobaciones. Pero no por eso tuvo alivio en su cruzada ya larga, siempre áspera. Ni dejó de sufrir revolcones. Hasta hoy. Merece recordarse uno reciente: cuando las elecciones del 58. Da Rosa fue en ellas candidato a diputado. Pero por eso no se olvidó de su yerba. ¡Qué se iba a olvidar! Al contrario, la metió en su campaña electoral. La explotación de los yerbales (presuntos) treintaitresinos figuraba en su plataforma económica como una de sus metas cardinales. Y salió a difundirla a los cuatro vientos, por radio y en las tribunas. Pronto lo visita un correligionario de peso: "¿Qué le parece, Da Rosa, si dejamos el mate para después de las elecciones?"... Resulta que todo el mundo, en Treinta y Tres, estaba agarrando para la farra (una vez más) lo de la yerba mate... Da Rosa perdió la elección. ¿Por la yerba? Vaya uno a saber.

Ahora es diputado. Y seguro que estando allí, sentado las horas en su banca apoltronada, habrá sentido que lo tironeaba, porfiado, aquel guri que una tarde, desde su banquito modesto de escuela, supo desafiar burlas y rezongos para afirmar contra todos lo que él sabía de fijo. Y como tanto tironeaba, Da Rosa —que no le ha perdido fidelidad— el otro día pidió permiso a la Cámara, a ver si lo dejaban hablar en una sesión especial sobre su viejo tema, tan peleado, tan hecho carne ya. Y la Cámara lo autorizó; y para eso se reunirá el martes a las cinco. Ese día Da Rosa probará (porque así lo anunció: que probará) que existen, sí, yerbales en el país, no sólo en su Treinta y Tres, sino en Río Negro, en Lavalleja, en Tacuarembó, por lo menos; que esos árboles pueden cultivarse metódicamente, e industrializarse su yerba; que la variedad que crece en nuestro suelo es la mejor ("ilex paraguayensis") entre las 280 que se conocen de esta planta. Y en fin, que si la República se decide a explotar esta riqueza, se ahorrará por año 100 millones de pesos: los que hoy gasta en comprar la yerba paraguaya y brasileña, legalmente o de contrabando.

Es para no usar palabras mayores que uno no habla en este caso de cruzada. El tema mismo no lo admite. Pero sí que dan ganas, porque mucho de cruzada se descubre en este largo fervor, este empeño porfiado que abarca enteros infancia, adolescencia, madurez, sin decrecer; esta fidelidad desnuda y entera a una verdad simple. No será cruzada, bueno, pero igual, cómo no afiliarse a ella ya que tanto se le asemeja, una vez que aparece en un país tan falto de cruzados y de apóstoles. Cómo no ponerse de su parte, aunque no se sea matero de ley.